

THE HORUS HERESY®

Aaron Dembski-Bowden

TRAIADOR

Sangre para el dios de la sangre

timunmas

THE HORUS HERESY®

TRAIIDOR

Aaron Dembski-Bowden

timun**mas**

Título original: *Betrayer*
Traducción: Roser Granell (Traducciones Imposibles, S.L.)

Ilustración de cubierta y de la pág. 1: Neil Roberts
Ilustraciones de interior: Karl Richardson

Betrayer, Traidor, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2013 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2013

© De la traducción Games Workshop Limited. 2013. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0392-3
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B 13042-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

I

Últimas palabras

«A cualquiera que oiga estas palabras, le imploro que informe de esto a todo el Imperio. Soy el vicealmirante Tion Konor Gallus de la flota Andarion, apostada en la extensión quintus de Ultramar. Mi código de identificación personal es: 3-3-Via-9-1-K-O-L-5-1. Hemos sufrido un ataque intencionado y malicioso por parte de una armada que llevaba los colores de la XII Legión de los World Eaters. Nuestras naves escolta ya han sido destruidas. Las naves principales que quedan están siendo abordadas. La mayoría de ellos ya han sido destruidos por completo. Hemos perdido los astilleros Fulgentius por traición. Avisen a...

»Variano, aún siguen bloqueando esta señal. Me da igual cómo lo hagás, pero deshazte de estas interferencias o yo mismo te dispara...

»Al habla el almirante Gallus de la flota Andarion. Avisen a los ejércitos de Calth. Alerten a lord Guilliman. Nos han traicionado. Nos han traicionado».

ALMIRANTE TION KONOR GALLUS,
a bordo del acorazado *Legado* de los Ultramarines,
apostado en Latona

«Theodos a todas las fuerzas restantes: mantengan la formación defensiva sobre el círculo ártico. No lancen los bombardeos hasta que la llamada astropática sea enviada. Que cualquier fragata de apoyo libre que se encuentre en la decimoséptima coordenada fije como objetivo la nave de los Word Bearers identificada como *Canción de muerte*. Acabad con ella antes de que dirijan sus lanzas hacia el bastión ártico.

»A todos los miembros de la tripulación de *Aequitas* sin juramentos de sacrificio, diríjense hacia las cápsulas de salvamento.

»Theodos a toda la flota: estamos inhabilitados y en llamas, todo el personal auxiliar está abandonando la nave. No intenten defendernos. Repito: no intenten defendernos. Utilicen sus armas en otro lugar.

»¿Por qué no funciona? ¿Por qué no dicen nada los astrópatas?

»Ponedme con *Canción de muerte*. Me da igual que no respondan.

»Sé que me estáis oyendo, decimoséptima. Somos vuestros hermanos. ¿Qué clase de locura os ha invadido? ¿Qué cla...».

JEFE DE FLOTA GAIUS THEODOS,
a bordo de la nave de guerra *Aequitas* de los Ultramarines, apostada en Ulixis

«Aún no hemos recibido respuesta de los ejércitos de Calth. Puede que la señal no les llegue.

»Uno de nosotros debe salir de aquí con vida...

»Nave insignia a *Azureus*: escapad como sea necesario. La *Lágrimas de Kyranos* y la *Patriarca inmortal* servirán como apoyo y realizarán la maniobra Siete Ascensos para recibir todo castigo que vaya dirigido a la *Azureus*. Que todos los escuadrones escolta entren en formación de interceptación Deniquo alrededor de la *Azureus*. *Igitur*, dejad de atacar y colocaos junto con vuestros cañones en la tercera marca para apoyar a la *Azureus*. Quiero que despellejéis esa nave de la decimosegunda. Solo tendremos una oportunidad.

»*Azureus*, en nombre del Emperador y de los Quinientos Mundos, corred y no os detengáis. Corred hasta Armatura y salud a Orfeo de mi parte».

COMANDANTE KRIOS CASSAN
capitán de la nave de guerra *Vinculum Unitatis*
de los Ultramarines, apostada en Espandor

UNO

El archicapellán y el hechicero Armaturo Canción de la disformidad

La Basílica Peregrinus era una fortaleza acorazada que sobresalía del almenaje central de la nave insignia y contaba con unas grandes vistas de la disformidad, que se extendía sobre todo el casco de la nave de guerra *Fidelitas Lex*, justo debajo. La catedral en sí podía ser un palacio en cualquier mundo, pues su tamaño era igual que el del sector de una ciudad entero y había sido construida, con humildad relativa, como una modesta copia del Palacio Imperial de Terra.

Lorgar Aureliano se encontraba en el observatorio abovedado de la cúpula del chapitel central. El señor de los Word Bearers permanecía tranquilo, equipado con su armadura pero desarmado, mientras sus hijos se preparaban para la guerra en los cientos de cubiertas que había bajo sus pies. La nave estaba repleta de cantos y chillidos, pero Lorgar se sentía en paz mientras observaba la neblina de locura que chocaba contra la cúpula.

—Hermano —llegó una voz a sus espaldas.

Las facciones de Lorgar, pálidas, divinas y tintadas con escrituras doradas, se transformaron en una cálida sonrisa. Rompió la serenidad de su vigilia celestial y se volvió. Al hacerlo, sus botas resonaron en la cubierta revestida de mosaicos. Una imagen de su hermano Magnus le saludó.

Si la piel de Lorgar simulaba el mármol, cubierto con inscripciones doradas, la de Magnus era la efigie propia del cobre bruñido. Ambos primarcas eran un reflejo de su padre, pues habían sido creados a imagen

y semejanza del Emperador, pero mientras que Lorgar era como una estatua agradable desde el punto de vista estético, grabada con runas intrincadas y mandalas curvilíneos, Magnus parecía más bien un ídolo pagano de piel rojiza, la imagen de un dios del sol adorado por culturas primitivas durante épocas menos ilustradas. Su piel tenía la tonalidad rojiza de los músculos despellejados; su armadura era un traje de escamas doradas ribeteado con marfil, y su casco de bronce poseía una melena leonina con cabellos escarlata erizados. Una gema de vidrio volcánico, del tamaño de un puño y tallada con forma de escarabajo, sostenía su capa sobre uno de los hombros. Lorgar no podía saber con certeza dónde se encontraba su hermano en realidad, pero la esencia proyectada que permanecía de pie frente a él reflejaba todos y cada uno de sus detalles a la perfección.

—Magnus —exclamó él, aún sonriendo—. Dime que has tomado la decisión.

Como siempre, Lorgar transmitía sus emociones sin disimulo alguno, y la gratitud genuina que sentía ante la llegada de su hermano brilló en sus ojos. Aun así, Magnus no hizo caso a las palabras de su hermano.

—Oigo a tus hijos prepararse para la guerra —respondió.

La sonrisa de Lorgar no desapareció.

—Es un sonido que hiela la sangre, ¿verdad? Han cambiado mucho desde Istvan.

—Y tú también —comentó Magnus.

La sonrisa del Word Bearer vaciló al fin, y éste volvió a mirar hacia los cielos turbulentos.

—Qué extraño. Si vinieran de Angron, esas mismas palabras serían un cumplido, o algo que se le asemejara, dado lo complicado que le resulta algo así a nuestro hermano. Pero viniendo de ti, parecen más bien una maldición.

Magnus se encogió de hombros.

—No me fiaría de Angron ni aunque me jurara que el agua moja. Nuestro hermano está ciego. Ciego y perdido.

—Lo subestimas —expresó el Word Bearer—. Él también está cambiando. De hecho, todos cambiamos. Ah, Magnus, ya verás cómo irán a la guerra ahora mis Word Bearers.

Hace unos cuantos años, nunca lo hubiera imaginado... —Lorgar sonrió de nuevo y luego sacudió la cabeza—. Pero has venido a hablar de tu decisión, ¿verdad? Por favor, hermano. Habla.

El hechicero movió ligeramente la cabeza.

—Primero háblame de Calth. Las mareas del Gran Océano chocan en los límites del Sistema Calth, Lorgar, y la muerte emana de aquel lugar en oleadas repugnantes.

—Lamentable, pero necesario.

Magnus resopló, aunque Lorgar no supo con seguridad si lo había hecho como señal de diversión o de burla. Se giró para contemplar de nuevo el turbio caos de la disformidad y observar las profundidades venenosas de sus emociones manifiestas sin parpadear ni por un instante.

—Me alegro de que hayas venido —dijo al fin—. Te he echado de menos.

Magnus soltó una risita sofocada.

—¿Debo suponer que Angron no te ofrece la compañía fraternal que esperabas?

La sonrisa radiante de Lorgar surgió de nuevo por tercera vez, pero no respondió.

Magnus se acercó y se colocó al lado de su hermano. La imagen del Rey

Carmesí no desprendía ningún olor, pero su proyección psíquica provocó una picazón en la piel de Lorgar. Por muy fuerte que fuera el Word Bearer, el simple hecho de permanecer junto a Magnus era suficiente para ponerle los pelos de punta. Su hermano, más alto que él, destilaba una fuerza palpable contra la carne de su mente. No se trataba de algo físico. No era tan burdo. Era el puro poder de un alma que se percibía justo en el momento en el que las mentes psíquicas se encontraban.

—¿Dónde estamos? —preguntó Magnus.

—Cerca de donde necesitamos estar —respondió Lorgar.

—¿Así que es un secreto?

—Es una sorpresa, no un secreto. Hay cierta diferencia.

Magnus titubeó.

—¿Y dónde está Kor Phaeron? ¿Y Erebus?

El Word Bearer inclinó la cabeza hacia un lado para mirar otra vez a su hermano.

—¿Sabes toda esa muerte que sientes en Calth? Es obra suya.

Magnus soltó un gruñido poco definido.

—Las legiones están en guerra —presionó Lorgar con sutileza—, y la galaxia está en llamas. Acéptalo. Pon fin a tu aislamiento en el Gran Ojo y vuelve a luchar. Así formarás parte de los planes de Horus y no tendrás que preguntarme a mí qué ocurre, ni dónde ocurre ni por qué. Tú mismo sabrás la posición de las piezas en el tablero. Tú mismo las moverás.

Esta vez fue Magnus quien desvió la mirada de los ojos moteados de su hermano, unos ojos tan celestiales como su sonrisa.

—Aún no te has decidido, ¿verdad? —pronunció Lorgar.

—Ya lo haré. Al menos, antes de que llegue el fin.

Lorgar no le quiso presionar más. En vez de eso, se quedaron allí, escuchando los gritos de la disformidad que chocaban contra el cristal del observatorio y los cantos de los Word Bearers que seguían sin cesar en las cubiertas inferiores más lejanas.

—Dime una cosa —exclamó Lorgar al final—. ¿Te avergüenzas de que Russ te rompiera la espalda con la rodilla?

—Aureliano... —Magnus utilizó su nombre como aviso.

Lorgar movió la mano en señal de paz y cambió de tema.

—Una vez me advertiste de que no confiara tanto en Erebus y en Kor Phaeron.

—No se te da muy bien seguir consejos —señaló Magnus.

Lorgar se rió con una exhalación sutil a través de una sonrisa.

—Cierto, pero tenías razón.

—Obviamente —dijo Magnus, y añadió—: Háblame de Argel Tal.

No intentó esconder lo mucho que le interesaba.

—Está a bordo del *Conquistador* mientras hablamos, con sus elegidos Vakrah Jal. De mis tres hijos más próximos, solo él sigue siendo fiel a mi causa. Y aun así, hermano, está corrompido. En lo que respecta a los otros dos... Les quiero por su orgullo y su ambición, pero la disformidad ronda a su alrededor, cargada con la perturbación de sus almas. Ahora juegan según sus reglas. Erebus juega a instancia de los dioses. Es un simple esclavo que se cree rey. Kor Phaeron sigue solo sus propias razones.

Se detuvo, algo reticente a seguir.

—¿Y Ahriman? ¿Es... parecido?

Magnus posó una mano sobre el hombro de su hermano sin causar ninguna sensación tangible. Colocó la mano etérea encima del pergamino adherido a la armadura de Lorgar.

—Lo es. Tenemos algo despreciable en común, ¿no crees?

Lorgar asintió y sopló con suavidad, sin ser realmente un suspiro.

—Sé que a veces he sido un cobarde. Por culpa de mi pasión y mi entusiasmo vacilé en el último momento. No debería haber enviado nunca a Argel Tal al interior del Ojo sin haber ido yo antes. De todas las cosas que han sucedido, esa es de la que más me arrepiento. Se ha convertido en una criatura atormentada, asolada por el fantasma de una simple vida

que no pudo salvar. Peor aún, está atrapado entre lo que fue y lo que está destinado a ser.

Magnus levantó la mano fantasmal.

—Ningún destino está decidido, Lorgar. Cámbialo mientras puedas.

—Eso es lo que pretendo. Es el mejor y el peor de mis hijos, el más fuerte y, a la vez, el más roto. He aprendido muchísimo tras ver lo que le ha hecho el Panteón.

Magnus giró la cabeza y miró cómo las olas del Gran Océano rompían contra el campo Geller de la nave.

—No me gusta que llames «Panteón» a esas tormentas con conciencia.

La mirada sesgada de Lorgar hizo que las juntas de su armadura rechinaran.

—Es una palabra tan buena como cualquier otra, Magnus, y no puedo cambiar lo que son en realidad.

—Las palabras tienen poder, Lorgar. Ya casi no tengo por qué recordártelo. —El hechicero sonrió de repente—: ¡Y deja ya de mirarme con tanta atención, hermano! Especialmente a mi ojo.

La sonrisa apenas consiguió restar dureza a sus palabras.

Pero Lorgar no le hizo caso. Se quedó mirando sin reserva la constante metamorfosis del semblante de Magnus: un señor de la guerra a quien le faltaba el ojo izquierdo y cuya herida ya estaba cosida y cerrada; era un cíclope con un gran orbe en lugar de ojos humanos; era un hechicero que solo tenía piel suave allí donde nunca existió un ojo derecho.

Cuando el Word Bearer decidió hablar finalmente, su tono estaba desprovisto de la duda que había marcado su vida durante tantos años antes de Isstvan V.

—Siempre me ha desconcertado que seas el que más se parece a padre.

Magnus levantó una ceja llena de cicatrices.

—¿Yo? Tú eres el que fue creado a su imagen y semejanza, Lorgar, no yo.

—No me refiero al físico. —Lorgar pasó una mano cubierta de escrituras por encima de su cara, tatuada del mismo modo—: Me refiero a tu... falta de rostro. Eres tan poderoso como él, y tu rostro se mueve del mismo modo.

Entonces fue cuando Magnus se rió.

—No soy tan fuerte como nuestro padre. Ojalá lo fuera.

Lorgar dejó el tema a un lado.

—¿Alguna vez ha visto alguno de nosotros tu verdadera cara? ¿Alguna vez tuviste dos ojos?

Magnus ladeó la cabeza, sobre la que llevaba una corona.

—¿No conoces la historia de cómo me saqué el ojo de la cuenca derecha como sacrificio en favor de la sabiduría? —Magnus sonrió—. Me gusta mucho esa historia. Puede que sea mi preferida.

—Las he oído todas —respondió Lorgar, ansioso por saber más, pero dejó pasar el tema. Sabía muy bien que no podía tentar a su hermano de piel cobriza a que confesara aquello que no quería confesar—. Necesito tu consejo, Magnus.

—Es todo tuyo, como siempre. Pero debo recordarte lo que pasó la última vez que me lo pediste y simplemente lo ignoraste.

El Word Bearer no se rió ante aquella broma amarga, ni siquiera hizo una mueca.

—¿Te refieres a la vez que descubrí que padre estaba mintiéndole a todo el Imperio? ¿Cuando descubrí que el universo no era el mismo lugar carente de dioses que él insistía en describir? Sí, tengo un vago recuerdo de aquellos sucesos.

—Esa es una forma de verlo. Aunque no es la correcta, claro.

Lorgar sacudió la cabeza.

—No deseo ni necesito debatir esos temas. Lo que me preocupa es algo mucho más cercano al hogar. Observa, hermano. Esto ocurrió el mes pasado, cuando asaltamos un mundo insignificante leal al Trono al que Angron no podía dejar en paz. No hubo manera de retirar a sus World Eaters y masacraron a la población.

Hizo un gesto con la mano vacía y ante los dos hermanos se formó una imagen borrosa. Magnus la reconoció al instante: una figura armada con dos hachas pesadas y brutales, y ataviada con una armadura de bronce con el mismo esplendor y estilo que la de un rey gladiador. La figura echó para atrás la cabeza, plagada de cicatrices, y rugió hacia el cielo en silencio. Sobre su cráneo se agitaban unos cables, como una melena de trenzas cibernéticas. La mayoría de ellos estaban conectados a la alimentación de energía de la armadura. Como de costumbre, muchos se habían soltado en el calor de la batalla.

—Se está muriendo —dijo Lorgar.

Magnus observó la imagen silenciosa de Angron que se enfrentaba a un transporte blindado de tropas Chimera. El vehículo le golpeó y se quedó parado. El primarca lo levantó por las atacaderas frontales y lo lanzó para dejarlo boca abajo. Así, las rodaduras del aparato aceleraron en vano.

—Yo lo veo en plena forma.

—No. Se está muriendo. Los implantes le están matando.

Magnus se giró hacia Lorgar.

—¿Y?

El Word Bearer miró atentamente la imagen.

—Pues que voy a salvarle.

Magnus no le preguntó cómo. Permaneció en silencio durante un buen rato antes de ir al grano.

—Siempre has sido un fantasioso, Lorgar. Te guían los sentimientos. Has sabido ser leal a los pocos que te han sido leales. Y lo admiro, de verdad. Pero ¿crees que la galaxia echará verdaderamente de menos el alma torturada de Angron? ¿Acaso su legión llorará su pérdida? ¿De verdad crees que vale la pena salvarle la vida?

A medida que las preguntas fueron apagándose, Magnus dirigió su atención a la disformidad una vez más y sonrió.

—¿Te divierte algo, hermano? —preguntó Lorgar. Sus ojos dorados centellearon bajo la odiosa luz disforme.

El hechicero asintió.

—Acabo de sentir dónde estamos.

El *Fidelitas Lex* surgió a la existencia al abrirse paso hasta la realidad con sus motores atronadores. La herida que lo había engendrado era un desgarró en el espacio y el tiempo que latía en la oscuridad y otorgaba la imposibilidad del sonido al vacío estelar. Un grito espeluznante anunció la llegada de la nave de guerra y le siguió una risa irregular y enloquecida.

Los generadores cinéticos que recorrían la barriga y la columna de la nave rugieron al despertar, cargaron la nada que rodeaba al *Lex* y dieron vida a los escudos de vacío. Las cúpulas de los flancos y las almenas se abrieron en un baile de ruido y los escudos se levantaron desde las portas mientras los cañones se asomaban temblando a la negrura.

Los propulsores arcanos que otorgaban vuelo disforme a la nave se pararon y cedieron el control a los motores físicos. En las profundidades de proa de la nave blindada, un hombre con tres ojos que escupía sangre al toser le devolvió el control del *Lex* al strategium, donde cientos de tripulantes se sujetaban bien a sus tronos, bañados por las luces parpadeantes de la alerta en los puestos de combate.

Unas naves más pequeñas aparecieron en la realidad tras el *Lex* y cubrieron su rastro con vástagos de acero hambrientos, armados y almenados. Las naves escolta y los destructores encendieron los motores al

máximo, con más fuerza que el acorazado, y adelantaron su posición para establecer la primera señal de una formación de ataque.

Una sombra llenó aquella herida, un reflejo de la nave insignia de los Word Bearers. Entró en el reino material temblando; algo de una belleza tosca y marcial, chamuscado y cubierto de arañazos de tanto luchar en el corazón de todas las batallas que había presenciado. Al igual que el *Lex* se había preparado inmediatamente para la guerra, el *Conquistador* activó los escudos y preparó sus incontables armas. A diferencia del *Lex*, no disminuyó la velocidad para dejar que su flota se pusiera en formación: la nave insignia de los Word Bearers siguió adelante, obligando a las naves inferiores a apartarse ante su creciente velocidad.

—Una nave repugnante a juego con el alma repugnante de Angron —dijo Magnus.

—Lo subestimas —repitió Lorgar.

Desde la seguridad privilegiada que otorgaba la basílica, el primarca de los Thousand Sons observó la flota que había aparecido por arriba, por abajo y por todos los lados posibles. Frente a ellos descansaba un mundo de cielos agradables, continentes de roca grisácea y océanos escasos y profundos que giraba bajo la radiante y vigorizante luz de un sol ideal. Un puñado de ciudades pequeñas brillaba en medio de la noche con una red de luces conectadas que formaban la imagen inequívoca de la civilización: una imagen grabada en la mente humana desde que los primeros navegantes del vacío de la humanidad vieron la Vieja Tierra desde la fría comodidad de la órbita inferior.

—Armaturo —murmuró Magnus—. No pretenderás hacerlo de verdad.

Su hermano siguió observando la flota que surgía de la disformidad y el mundo utópico que colgaba en el espacio frente a ellos.

—Este año de viaje desde Istvan ha sido más ajetreado de lo que había previsto. Angron y su legión nos han retrasado. Nos han hecho parar en todos y cada uno de los mundos para aniquilarlos por sus propios caprichos coléricos. La mente mutilada de nuestro hermano hace que planificar algo se convierta en una tarea rutinaria, pero al fin hemos llegado. Este es el principio del fin.

—¿Dónde está el resto de tu flota? —preguntó Magnus, con cierta precaución en el tono.

Lorgar ya podía oler la sal del sudor de su hermano y oír los bramidos apagados del corazón del hechicero. Ciertamente, la imagen personificada de su hermano era una obra maestra de la proyección física, volviéndose a cada momento más real incluso.

—Ulixis, Espandor, Latona, cualquier otro sitio. Se están abriendo paso en Ultramar a base de matar, y ahora los hijos de Guilliman están inmovilizados en Calth. De repente, los Quinientos Mundos se han visto desprovistos de protección. Seguro que estarás de acuerdo en que es una vergüenza.

Magnus no igualó la sonrisa de su hermano.

—No puedes atacar Armatura sin una parte de tu flota. —El hechicero estrechó su único ojo—. Debes de estar ocultando algún tipo de estratagema; alguna sorpresa desagradable se esconde tras tus palabras.

—Sí —afirmó Lorgar—. Sí que la hay.

—Vaticinaste todo esto —le acusó Magnus.

—Gran parte de ello. Un susurro de los dioses sobre lo que pasará. Ellos hablan, y yo les escucho.

La sombra de Magnus se cernió sobre él poco a poco.

—Te dije que no debías confiar en sus susurros.

—No he dicho que confíe en ellos, he dicho que los oigo. Existe cierta diferencia. —Volvió a reírse, un sonido colmado de puro placer—. ¿Hay alguien a quien no subestimes, Magnus? Llevas aquí poco más de unos minutos y ya nos has insultado a Angron y a mí varias veces.

—¿Tanto odias a Guilliman? —preguntó Magnus de repente—. ¿Le desprecias tanto que no te parece suficiente paralizar su legión en Calth? Ya has ganado. ¿Por qué tienes que llegar hasta el punto de aniquilar su imperio próspero y pacífico?

La sonrisa de Lorgar se marchitó, pero no desapareció. Las escrituras tatuadas por todo su rostro se suavizaron y volvieron a adquirir su aspecto pulcro.

—No le odio, hermano. En algún momento sentí celos de él, pero eso fue hace cincuenta años, era un hombre diferente. Desde entonces he aprendido que la disformidad es una canción, Magnus. Es una sinfonía, y yo soy el único dispuesto a tocarla. Por eso estamos aquí.

Frente a ellos, los World Eaters que formaban parte de la flota empezaron a apartarse y a perder todo tipo de cohesión. Los iris de Lorgar eran de un marrón dorado tranquilizador, un tono parecido a las sombras de ámbar y tierra. Miraba impasivo, sin estar sorprendido ni molesto. En todo caso, parecía encantado con la división que veía. Por el contrario, las naves de los Word Bearers navegaban en formación, tranquilas y sin ningún esfuerzo.

—La disformidad no es ninguna canción. Temo por tu cordura, Lorgar.

Toda la basílica se oscureció al navegar bajo la curvatura de Pila, la única luna de Armatura. Salpicada por los millones de luces que generaban los fuegos de las forjas y las fundiciones, su masa contaminada bloqueó el idílico sol; un monumento a la industria humana eclipsó la luz. Las facciones divinas de Lorgar se oscurecieron bajo la sombra que se propagaba.

—Eso supongo, Magnus, pero siempre se te ha dado bien criticar a los demás por los pecados que compartes con ellos con tanta preocupación.

La sonrisa de Magnus era una curva maliciosa y superior que le cruzaba la cara.

—Tu imaginación febril vuelve a hacer de las tuyas una vez más.

Lorgar dio unos pasos y se acercó al hechicero. Su mirada, antes cálida, era ahora tan fría como la pirita.

—Dime, hermano, ¿de quién es la legión que se encuentra atrapada en el Gran Ojo, transformándose en gusanos mientras el dios del cambio se ríe en la eternidad? ¿De quién es la forma física que acabó destrozada bajo la rodilla de Lemán Russ porque decidió en el último momento que no iba a aceptar su castigo como un hijo obediente, después de todo? No te comprometiste con la lucha, ni te rendiste, ni volviste al redil. En lugar de ello, echaste a perder a tu legión y desperdiciaste el trabajo de tu vida con aquella capitulación tan indiferente. ¿Crees que soy yo el que actúa como un loco? Presta atención a tus propios pecados, hipócrita. Y presta atención a tus hijos mientras aún quede alguno.

Sacudió la cabeza y se regocijó en sus propias palabras.

—Recuerda mis palabras, Magnus: si no actúas pronto, tu legión y todo aquello que te ha costado tanto esfuerzo crear acabará convirtiéndose en polvo.

—Mi legión se vio arrinconada. —La cara de Magnus se arrugó bajo la creciente ira—. Mis Thousand Sons murieron por culpa de tu traición, por culpa del veneno que tú susurraste al oído de Horus para dar comienzo a esta locura. Él lo llama su rebelión, pero ambos sabemos que el primer corazón que cayó en la traición fue el que te late en el pecho.

Lorgar volvió a reírse. El sonido estuvo teñido del más puro deleite.

—¿Ves? La culpa siempre recae en alguna de nuestras despreciables almas. Nunca recae en ti por haber hecho los pactos que no debías con los dioses de cuya existencia tanto dudas.

Los pergaminos de la armadura de Lorgar se agitaron bajo el viento inesperado de la furia de Magnus. El Word Bearer permaneció como si

nada, con la sonrisa serena que hacía hervir la sangre de su hermano. La piel del hechicero tembló. Unos escarabajos se retorcieron bajo ella mientras unos relámpagos brujos bailaban por su piel cobriza. Magnus se movió, su cuerpo apareció de la nada y se formó con el veneno tras el velo de la realidad. La cólera le arrastró hasta la verdadera materialización.

—Ya es suficiente, Lorgar.

Su hermano asintió.

—Sí, no deseo intercambiar insultos. Todos hemos cometido errores, lo que importa es cómo afrontamos las consecuencias.

Señaló la flota que rodeaba la nave insignia. Como siempre, las naves de los World Eaters abandonaron la formación del ejército para favorecer una vanguardia de asalto mucho más agresiva. Durante aquel año después de Istvan, Lorgar había ido renunciando poco a poco a cualquier intento de controlar los movimientos independientes de la XII Legión. Era imposible atarlos con correa, aunque fuera por su propio bien.

—Observa —dijo.

—No sé si quiero ver morir a dos legiones en el cielo de Armatura.

Lorgar no miró a su hermano a los ojos.

—Confía en mí —respondió—. Confía en mí por una vez, Magnus. Las dos legiones aterrizarán en cuestión de minutos.

El Word Bearer cerró los ojos y levantó las manos como un director frente a una orquesta en los momentos tensos y nerviosos que preceden a la primera nota.

—La disformidad sí es una canción, hermano. Deja que toque una estrofa para ti.

La palabra «flota» no acababa de hacerles justicia. En realidad, fue una armada la que cruzó el cielo en calma con gran estruendo en dirección a Armatura: decenas y decenas de naves que seguían siendo una mera parte de la fuerza total de las dos legiones.

Armatura se había convertido en el corazón del imperio perfecto de Guilliman. Ni Macragge, que se consideraba a sí mismo la joya de la corona, ni la futura capital con la que Calth amenazaba en convertirse, podían competir con Armatura, cuya importancia no podían igualar y cuya población eclipsaba con creces a la de ambos mundos. Si se redujera Ultramar a una burda metáfora, Macragge sería el corazón del reino astral mientras que Calth sería su alma, la señal de un futuro brillante que ahora había caído entre las llamas. Por su parte, Armatura sería un

mundo de guerra que alimentaba a los otros planetas, al igual que el tuétano de los huesos alimenta al cuerpo de sangre. Proporcionaba reclutas a la legión; llenaba el vacío con naves de guerra dañadas que renacían en sus dársenas; nutría al Imperio con la esperanza de que la legión más grande siguiera siendo siempre la más grande. Incluso si la XIII acababa reducida a un solo guerrero, mientras Armatura girara en la oscuridad, la legión seguiría viva.

Su órbita más cercana albergaba astilleros inmensos, poblados por miles y miles de trabajadores, servidores, archimecánicos, visioingenieros, sirvientes, esclavos y tecnógrafos. Se necesitaba a un ejército para devolverles la vida a las grandes naves de guerra del Imperio y, aquí, varios millones hacían un trabajo de primerísima calidad. Varios baluartes orbitales con torres de lanzamiento y puertos conectados vagaban a la deriva sobre aquel plácido mundo, plagados de transbordadores, elevadores, cargadores y remolcadores insectiles. Las naves de guerra imperiales oscilaban de un lado a otro en aquel lugar, heridas tras la Gran Cruzada y renovadas meses más tarde rozando la perfección.

Por encima del astillero estaba el primer anillo concéntrico de defensa contra el vacío. Allí, numerosos satélites armados y plataformas de disparo contaban con torretas, además de cubiertas de aterrizaje independientes para cazas de combate aislados.

Las verdaderas defensas empezaban más allá, con verdaderos castillos en el cielo: gigantescas estaciones fortaleza que poseían sus propios equipos de cazas y almenas enteras dedicadas a baterías de plasma, salvas láser y conjuntos de lanzas antinave.

En la órbita más alta, la esfera de satélites externa era una extensión tridimensional de paneles solares, aparatos mecánicos y cerebros de servidores esclavizados conectados a una vasta formación de armas de largo alcance.

En medio de esta esfera tan remota esperaba la flota Evocati. Mientras la legión se reunía en Calth, el mundo de guerra de la XIII Legión no podía quedar nunca indefenso. La Evocati estaba constituida por varios miles de Ultramarines traídos de una docena de capítulos diferentes a quienes habían concedido el mayor de los honores: supervisar las operaciones de Armatura y entrenar a los nuevos reclutas para comandar una flota imperial que no tuviera rival alguno.

Las naves se desplazaban con un movimiento militarista tan perfecto que incluso sus enemigos encontraban precioso contemplarlas. Mientras la Evocati se había elevado hacia una formación defensiva, se modificaron

los ejércitos combinados de los Word Bearers y los World Eaters para compensar; aquel era un baile cambiante en un campo de batalla no muy diferente de la reorganización de regimientos que marchaban en la antigüedad.

Los acorazados y los cruceros, las fragatas y los destructores, todos con el azul, plata y dorado resplandeciente de la XIII Legión, se alzaban para defender el imperio perfecto.

—¿La oyes? —preguntó Lorgar, absorto—. ¿La oyes?

Magnus vio los primeros rayos aniquiladores que iluminaron los escudos de vacío del *Conquistador*. Los impactos se propagaron con la luminiscencia resbaladiza del aceite sobre el agua. Sintió... algo cuando la flota se propulsó hacia su inevitable muerte. Fue una sensación similar a la del mundo al contener el aliento, igual que cuando el aire de Tizca se cargaba antes de una tormenta.

El Word Bearer echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados mientras dejaba que los colores intermitentes de los escudos del *Conquistador* le salpicaran la cara.

—Calth es el ritmo de fondo sincopado de la canción, el ritmo por debajo de la rima. Todo ese fuego, toda esa miseria, todo ese dolor... —Sonrió con los ojos aún cerrados—. El sufrimiento siempre ha alimentado la disformidad con manchas y estigmas aleatorios. Ahora aprenderemos la virtud del control. ¿Puedes oírlo? ¿Oyes el dolor que agita la marea? ¿Oyes cómo se estrellan las olas, Magnus? ¿Oyes cómo laten esas mareas negras, como un millón de corazones que estallan, tan rítmicas como los tambores en el recóndito frío?

Levantó aún más las manos y las movió con un fervor sutil, dirigiendo a su coro invisible.

—Las mareas del Mar de las Almas pueden ser alteradas por manos mortales, hermano. Escucha. Escucha bien. Estamos reorganizando la mismísima disformidad, Magnus, estamos cambiándola mediante el dolor. Estamos reescribiendo la canción.

Lorgar tomó aire algo agitado y continuó.

—Ahí, una nave arde en la atmósfera de Latona; los gritos de las almas condenadas retumban en el empíreo. Y allí, una nave de guerra se abre paso hacia la superficie de Ulixis, cavando su propia tumba, llevándose a cientos de miles de vidas aulladoras al más allá. ¿Las oyes morir, Magnus? ¿Oyes cómo cambia la canción en el tiempo al son de sus esencias extinguidas?

Entonces comenzó a reír y alzó una mano a los cielos, llorando mientras susurraba:

—Cada vida, cada muerte, cada grito de dolor que cruza estos mundos en llamas diluye el velo entre la realidad y el primer reino. Llámalo Hades o Infierno, Yahannam, Naraka o Inframundo. Llámalo disformidad... Llámalo como tú quieras, pero voy a arrastrarlo hasta el plano material. Calth fue el origen de la tormenta, Magnus. Voy a hacer que todo un subsector sufra lo necesario para que caiga el telón y los Quinientos Mundos se ahoguen en la disformidad.

Al fin se dio la vuelta, con los ojos llenos de pasión psíquica.

—Dime que lo sientes. Dime que puedes oír a millones y millones de demonios chillar y aullar, desesperados por nacer en estos mundos en llamas.

Magnus lo sentía, tan real como el viento que nunca podría volver a sentir en su piel. Era un impulso, una tensión del tejido que había detrás del universo físico. Lejos de la exaltación que describía su hermano, el hechicero lo percibió como una distracción clínica, no muy diferente de una ecuación escrita sobre pergamino que suplica que la resuelvan. Lorgar, sumido en la locura, no solo estaba rompiendo el orden natural. Estaba reescribiendo el código del universo.

—No puedes aniquilar Armatura —dijo Magnus—. Puedes desgarrar el velo entre la realidad y la no realidad tanto como quieras, Lorgar. Puedes incluso llamarlo canción, si lo deseas. Pero tu vida sigue midiéndose en minutos.

La flota comenzó a descender de verdad a su alrededor. Cuando el *Fidelitas Lex* recibió su primer ataque, las luces que cubrían sus numerosas cubiertas parpadearon una vez, dos veces, y luego volvieron a estabilizarse. Lorgar volvió a mirar la negrura del cielo.

—Para destruir Armatura, necesitaremos una nave que rivalice con todo aquello que la humanidad haya podido crear. —Parecía estar pensativo, como un retrato con ojos desenfocados que roza con la punta de los dedos las escrituras tatuadas sobre la mejilla—. Teníamos una, ¿te acuerdas? Aquel disparate de Zadkiel, la *Abismo furioso*.

Magnus vio cómo la flota combinada empezaba a arder.

—Y ¿qué pasó con ella?

—Oh. —Lorgar sacudió la cabeza, volviendo a centrar la mirada—. Murió hace unos días, casi en el mismo momento en el que Kor Phaeron atacó Calth. Seguramente su cadáver sigue siendo una sombra en el cielo de Macragge: un monumento al fracaso de los Word Bearers. Una nota

más en el legado de pequeñas estupideces de Zadkiel. Le dije que era un necio por querer atacar Macragge, pero ardía en deseos de regodearse en la gloria, y lo único que oyó fueron los murmullos que imploraban venganza. Y se lo consentí.

—¿Por qué le dejaste? ¿Tan desobedientes son tus hijos?

Lorgar se rió de nuevo, sin prestar atención a la nave que se sacudía a su alrededor.

—Duras palabras para venir del primarca a quien sus hijos desafiaron de un modo tan grandioso. En tu legión no descubrieron sus gargantas ante los rabiosos Wolves tal y como tú hubieras deseado, ¿verdad?

Magnus le dio la razón asintiendo con la cabeza.

—Aun así, tu flota está muriendo, hermano. ¿Qué harás sin la *Abismo furioso*?

Lorgar volvió a dirigir su mirada hacia los cielos sitiados.

—A esto me refería cuando te dije que no nos subestimaras, Magnus. Para ti, esta guerra es algo escandaloso y nuevo. Sin embargo, es algo que he estado planeando durante medio siglo. Me pasé un cuarto de la Gran Cruzada preparándolo todo para el momento en el que los tristes deseos de nuestro padre por una dominación ilustre llegaran a su fin y empezara la verdadera guerra santa.

El hechicero tragó saliva, pues sintió la creciente presencia de algo que, desde el tumulto de la disformidad, ejercía presión sobre la realidad. Había algo ahí fuera a punto de darse a conocer.

—¡Ah! Ahora oyes la canción —exclamó Lorgar. Su risa retumbó por toda la basílica—. ¡Por fin oyes el ritmo! Pero necesitamos algo más de control, así que invocaremos instrumentos nuevos para avivar el coro.

Lorgar exhaló e hizo otro gesto hacia el profundo vacío, más allá de Armatura. La realidad se abrió. Aunque la encarnación etérea de Magnus era inmune a ese tipo de debilidades, el instinto le hizo taparse el ojo. Se formó una grieta disforme en el espacio, lejos de las dos flotas. Algo estaba saliendo de ella, algo gigantesco: un tridente de metal oscuro que le resultó familiar al hechicero de inmediato.

La nave que se adentraba en la realidad era un reflejo del coloso muerto del que había hablado Lorgar. De la parte superior sobresalía una ciudad de monasterios y catedrales con la reverencia de unas garras esculpidas para agarrar las estrellas. Mientras la mayoría de acorazados imperiales eran lanzas almenadas con filos metálicos y poderosos, esta era una fortaleza en el espacio, colocada en la parte trasera de un gran tridente. El diente central servía como núcleo de la nave: compacto en la popa y

con los inmensos motores incrustados en la proa afilada, donde formaba un ariete puntiagudo del tamaño de las naves menores. Los dientes adyacentes del tridente formaban unas alas punzantes más pequeñas, cada una engastada con andanadas y baterías de cañones.

Si alguien tuviera que envolver el concepto de «rencor» en hierro y hacerlo navegar entre las estrellas, probablemente se asemejaría a la imagen de lo que había aparecido en el universo en aquel momento. Aquella era, en todos los sentidos, la *Abismo furioso* devuelta a la vida.

—Esa de ahí —sonrió Lorgar— es la *Dama Bendita*.

Magnus lanzó un suspiro innecesario al ver cómo una nave demasiado enorme para poder existir abandonaba la herida y se adentraba en el universo material. Eclipsó con gran facilidad a las naves insignia de clase Gloriana de las legiones combinadas y los turbios tentáculos de la disformidad azotaron sus chapiteles, que chirriaron en el silencio, aparentemente reacios a dejar que la nave entrara en la realidad.

—Has construido dos —soltó el hechicero.

—Nada de eso. —Lorgar ni se molestó en abrir los ojos. Levantó una mano para señalar el vacío, donde una segunda grieta disforme se abría entre las estrellas—. He construido tres.